

«porque el amor es mas poderoso que la muerte.»  
Apenas las vírgenes cristianas habian terminado su cántico, oyéronse afuera otras voces y otros conciertos. Demodoco habia reunido á muchos de sus parientes y amigos, y hacia cantar á su vez la union de Eudoro y Cimodocea:

«¡ La estrella de la noche ha brillado; manebos! abandonad las mesas del festin. Ya se muestra la virgen: ¡ Cantemos al Himeneo, cantemos al Himeneo! «Hijo de Urania, cultivador de las colinas del Helicon, tú que llevas al esposo la virgen tímida, ven á pisar estos tapices al son de tu voz armoniosa, y agítale tu mano la antorcha de cabellera de oro.

«¡ Abre las puertas del aposento nupcial, que ya la virgen se adelanta! El Pudor hace mas lentos sus pasos y llora al dejar la casa paterna. ¡ Ven nueva esposa; un marido fiel quiere descansar sobre tu seno.

«¡ Nazcan de este fecundo himeneo hijos mas hermosos que el dia! ¡ Yo quiero ver á un tierno Eudoro pendiente del seno de Cimodocea, alargar sus débiles manos á su madre y sonreír dulcemente al guerrero que le dió el ser!»

Así se reunian entrambas religiones para celebrar la union de una pareja que parecia feliz en el mismo instante que los mayores peligros amenazaban sus cabezas. Apenas habian cesado los cantos de alegría, cuando se oyó el paso regular de los soldados y el crujir de las armas. Confuso rumor se eleva en los aires, y multitud de hombres de torvo continente penetra en el asilo de la paz, á hierro y fuego. La concurrencia se precipita despavorida hácia todas las puertas de la iglesia, y atropellándose en los estrechos pasadizos de la nave y de los vestibulos, mujeres, niños y ancianos exhalan lastimeros gritos; todo buye, todo se dispersa. Cirilo, cubierto con sus pontificales vestiduras y tranquilo en presencia del Santo de los santos, permanece inmóvil en el altar. Un centurion, ejecutor de las órdenes de Hierocles, busca á Cimodocea, y reconociendola en medio del tropel, se dispone á dirigir sobre ella la mano profana. Al instante, Eudoro, este pacífico cordero, se convierte en rugiente leon; precipitase sobre el centurion, le arranca su espada, la rompe, y tomando en sus brazos á la hija de Demodoco, la lleva á través de las sombras. El centurion desarmado llama á sus soldados y persigue al hijo de Lastenes. Eudoro, redoblando su celeridad, toca ya el sepulcro de Leónidas, cuando oye á su espalda el presuroso paso de los satélites de Hierocles. Sus estenuadas fuerzas engañan su amor; no puede llevar mas tiempo su carga, y deja á su esposa al abrigo del monumento sagrado, á cuya inmediacion se elevaba el trofeo de armas de los guerreros de las Termópilas. Eudoro empuña la lanza terrible del rey de Lacedemonia, y los soldados llegan; pero pronto ya á lanzarse sobre el cristiano, creen ver al dudoso resplandor de sus antorchas la sombra magnánima de Leónidas, que con una mano blande su lanza y con otra abraza su sepulcro. Los ojos del hijo de Lastenes centellean; agita en la noche su negra cabellera, y el hierro de su lanza refleja y despide en mil vivas ráfagas la siniestra claridad de las antorchas: menos formidable pareció á los persas el mismo Leónidas, aquella noche memorable en que penetrando hasta la tienda de Jerjes, llenó de cadáveres y espanto el campamento de los bárbaros. ¡ Oh sorpresa! muchos soldados reconocen á su general.

«¡ Romanos! exclamó Eudoro, quereis arrebatarme mi esposa; pero no me la arrancareis sino con la vida!

Movidos por la voz de su antiguo compañero de armas é intimidados por su aspecto terrible, los soldados se detienen. Cuando una turba de rudos segadores entra en un campo de trigo nuevo, las débiles espigas caen sin esfuerzo bajo la segur; pero al llegar al pié de una encina que se eleva en medio de los ha-

ces, los sagadores admiran el árbol poderoso que solo la tempestad ó el hacha pudieran derribar: así, despues de haber dispersado la muchedumbre de los cristianos, los soldados se detienen delante del hijo de Lastenes. En vano el cobarde centurion les manda avanzar, pues parecen clavados en el suelo en virtud de un encanto. Dios que les inspiraba secretamente este pavor, manda al ángel protector del hijo de Lastenes que se descubra á los ojos de la cohorte. El trueno estalla en los cielos y el ángel se muestra al lado de Eudoro bajo la forma de un guerrero cubierto de resplandecientes armas. Los soldados echan su escudo á la espalda, y huyen en las tinieblas entre el granizo y los rayos. Eudoro aprovecha el oportuno instante y toma de nuevo á su amada. Suspensa del cuello de Eudoro, Cimodocea estrecha entre sus brazos la cabeza sagrada de su esposo; la viña se enlaza con menos gracia al olmo que la sostiene; la llama abraza con menos viveza el tronco del pino que devora; la vela se plega menos estrechamente en torno del mástil, durante la tempestad. El hijo de Lastenes, cargado con su tesoro, llega en breve á la casa paterna, y al menos durante un momento salva la doncella que acaba de consagrarle sus dias.

Preso del demonio de los zelos, Hierocles se habia arrojado á esta violencia contra los cristianos, esperando arrebatár á Eudoro su Cimodocea, antes que esta pronunciase las palabras que la ligaban á su esposo; pero sus satélites llegaron demasiado tarde, y el arrojado de Eudoro salvó á la inocente catecúmena. El mensajero que el hijo de Lastenes habia enviado á Constantino regresó á Lacedemonia la noche misma de este escándalo, y trajo á la vez nuevas faustas y alarmantes. Diocleciano habia tomado otra vez una de aquellas resoluciones contemporalizadoras tan en consonancia con su carácter. A consecuencia del falso informe enviado por Hierocles, el emperador habia mandado vigilar á los sacerdotes y dispersar las reuniones secretas; pero desengañado por Constantino, no habia podido persuadirse de que Eudoro se hubiese puesto á la cabeza de los rebeldes, y se limitó á llamarle á Roma. Constantino añadia en su carta:

«Ven, pues, á mi lado, porque necesitaremos de tu auxilio. Envío á Doroteo á Jerusalén para prevenir á mi madre de la suerte que amenaza á los fieles, y debe tocar en Atenas. Si eliges el Pireo para embarcarte, podrás saber de boca de tu antiguo amigo importantes asuntos.»

La galera de Doroteo acababa en efecto de llegar al puerto de Falerio. La familia de Lastenes y la de Demodoco deliberaron sobre el partido que debian tomar.

«Cimodocea, dijo Eudoro, no puede permanecer en la Grecia despues de mi partida, sin esponerse á las violencias de Hierocles, ni puede seguirme á Roma porque todavía no es mi esposa. Una circunstancia favorable se presenta: Doroteo podria acompañar á Jerusalén á Cimodocea, que bajo la proteccion de la esposa de Constancio, acabaria de instruirse en las verdades de la salvacion, y al instante que el emperador me conceda esta gracia, iré al sepulcro de Jesucristo á reclamar la fe que la hija de Demodoco me ha jurado.

Las dos familias miraron este proyecto como una inspiracion del cielo; así cuando los marineros han embarcado en su nave esa ave belicosa y silvestre que despierta en la mañana á los labradores, si durante la noche, á través de los silbidos de una tempestad, hace oír su grito guerrero y campesino, cierto dulce recuerdo de la patria penetra con un rayo de esperanza en el corazon del marino, que bendice recogido la voz que trayéndole á la memoria en medio de los mares la vida pastoril, parece prometerle una tierra cercana. El mismo Demodoco se tranquilizó al oír el plan de Eudoro, y sin pensar en una separacion dolorosa,

no vió en el primer momento sino un medio de salvar á su hija, á quien hubiera querido seguir hasta las estremidades de la tierra; pero su edad y sus funciones de pontífice le encadenaban al suelo de la Grecia.

«¡ Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Lastenes. Demodoco conducirá á Cimodocea á Atenas, y Eudoro marchará por su parte á esta ciudad. Ambos esposos se embarcarán en el mismo puerto, el uno hácia Roma y la otra hácia la Siria. ¡ Oh hijos míos! el tiempo de las pruebas es de corta duracion y pasa cual rápida exhalacion. ¡ Sed cristianos, y en el cielo vereis coronado vuestro amor!

La partida quedó aplazada para el dia siguiente, pues era de temer algun nuevo furor del procónsul. Antes de dejar á Lacedemonia, Eudoro escribió á Cirilo, á quien no pudo ver por hallarse encarcelado. Este confesor, acostumbrado á las cadenas envió desde su calabozo su bendicion á la perseguida pareja. ¡ Jóvenes esposos! ¡ vosotros esperabais todavía la felicidad sobre la tierra, y ya el coro de las vírgenes y los mártires entonaba para vosotros en el cielo los cánticos de mas duradera union y de felicidades sin fin!

## LIBRO DÉCIMOQUINTO.

**SUMARIO.** Atenas. Despedida de Cimodocea, Eudoro y Demodoco. Cimodocea se embarca con Doroteo para Jope. Eudoro se embarca al mismo tiempo para Ostia. La Madre del Salvador envia á Gabriel al ángel de los mares. Eudoro llega á Roma, y halla al Senado próximo á reunirse para fallar acerca de la suerte de los cristianos. Es elegido para defender la causa de estos. Hierocles llega tambien á Roma, y los solistas le encargan la defensa de su secta y la acusacion de los cristianos. Simmaco, pontífice de Júpiter, debe hablar al Senado en favor de los antiguos dioses de la patria.

OPRIMIENDO el lomo de un fogoso corcel de Tesalia, y seguido de un solo servidor, el hijo de Lastenes habia dejado á Lacedemonia y marchaba hácia Argos por el camino de la montaña. La religion y el amor llenaban su alma de resoluciones generosas, pues Dios, que queria elevarle al mas alto grado de la gloria, le conducia á esos grandes espectáculos que nos enseñan á despreciar las cosas de la tierra. Eudoro, recorriendo las áridas cumbres, pisaba el patrimonio del Rey de los reyes. Por espacio de tres dias, fatigó su brido y fué á descansar un momento á Argos.

Todos aquellos lugares repetian aun los nombres de Hércules, de Pélope, de Clitemnestra, de Ifigenia, y no ofrecian sino silenciosas ruinas; vió luego los puertos solitarios de Micenas y la tumba ignorada de Agamenon; y en Corinto solo buscó los monumentos donde el Apóstol hizo oír su voz. Al atravesar el des poblado istmo recordó aquellos juegos cantados por Píndaro, y que participaban en cierto modo del brillo y de la omnipotencia de los dioses; y en Megara buscó los hogares de su abuelo, que recogiera las cenizas de Focion. Todo aparecia desierto en Eleusis, y en el canal de Salamina solo una barca pescadora estaba atada á las piedras de un muelle destruido. Pero cuando siguiendo la vía Sagrada, el hijo de Lastenes subió el monte Pécilo, y la llanura de la Atica se ofreció á su vista, se detuvo poseido de admiracion y sorpresa: la ciudadela de Atenas, elegantemente cortada en forma de un pedestal, levantaba al cielo el templo de Minerva y los Propileos, mientras la ciudad se dilataba á su pié y dejaba ver las confusas columnas de otros mil monumentos. El monte Himeto formaba el fondo del cuadro, y un bosque de olivos servia de ceñidor á la ciudad de Minerva.

Eudoro atraviesa el Cefiso, que corre entre este bosque sagrado, y pregunta el camino de los jardines de Academo; pero los sepulcros le señalan la senda de este retiro de la filosofia. Reconoce las lápidas fúnebres de Trasíbulo, de Conon, de Timoteo, y saluda los sepulcros de estos jóvenes muertos en defensa de la patria, en la guerra de Peloponeso. Pericles, que comparó á Atenas privada de su juventud, al año, despojado de su primavera, descansaba en medio de aquellas segadas flores.

La estatua del Amor anunció al hijo de Lastenes la entrada de los jardines de Platon. Adriano, al restituir á la Academia su antiguo esplendor, no habia hecho otra cosa que abrir un asilo á los delirios del espíritu humano. Todo el que habia llegado al grado de sofista, parecia haber adquirido el privilegio de la insolencia y del error. El cínico, cubierto de una reducida clámide sucia y en girones, insultaba con su báculo y su alforja al platónico envuelto en amplio manto de púrpura; el estóico, vestido con una larga túnica negra, declaraba la guerra al epicureo coronado de flores. Por todas partes resonaban los gritos de la escuela, que los atenienses llamaban el canto de los cisnes y sirenas; y los paseos inmortalizados por un genio divino, veíanse abandonados á los mas impostores y mas inútiles de los hombres.

Eudoro buscaba en estos lugares al primer funcionario del palacio del emperador, y no pudo reprimir un movimiento de desprecio al atra vesar los grupos de sofistas, que tomándole por un adepto, deseaban atraerle á sus sistemas y le ofrecian la sabiduria en el lenguaje de la locura. Penetra al fin hasta Doroteo: el virtuoso cristiano se paseaba en la estremidad de una alameda de plátanos que embellecian un trasparente canal, rodeado de multitud de jóvenes ya célebres por sus talentos ó por su cuna. A su lado se veía á Gregorio Nacianceno, animado del estro poético; á Juan, nuevo Desmóstenes, á quien su precoz elocuencia habia hecho apellidar *Boca de oro*; á Basilio y Gregorio de Niza, su hermano, quienes mostraban decidida inclinacion á la religion que habian profesado Justino el filósofo y Dionisio el Areopagita. Juliano, por el contrario, sobrino de Constantino, se adheria á Lampridio, cérrimo enemigo del culto Evangelico, y en quien ciertas costumbres estrañas y algunos movimientos convulsivos descubrian una especie de perturbacion en el corazon y el espíritu.

Algun trabajo costó á Doroteo reconocer á Eudoro, porque el semblante del hijo de Lastenes habia adquirido esa varonil hermosura que imprimen la profesion de las armas y el ejercicio de las virtudes. Retiraronse aparte, y Doroteo abrió su corazon al amigo de Constantino.

«He dejado á Roma, le dijo, á la llegada de tu mensajero. El mal es mas grave de lo que tal vez imaginas. Galerio triunfa, y tarde ó temprano Diocleciano se verá obligado á abdicar la púrpura. Preténdese perder sin demora á los cristianos para privar al emperador de su primer apoyo; tal es el antiguo proyecto de Hierocles, hoy dueño de la voluntad de César, y que repite sin cesar que el empadronamiento decretado, al descubrir una alarmante multitud de enemigos de los dioses, ha revelado el peligro del imperio, siendo preciso apelar á las mas severas medidas para refrenar una secta que amenaza los altares de la patria.

Formiparte, casi en desgracia con Diocleciano, ya sabes qué negocio me conduce á Siria. ¡ Eudoro! nuestros desgraciados hermanos vuelven hácia tí sus ojos, pues la gloria que en las armas has adquirido y tu brillante arrepentimiento son objeto de la admiracion y las conversaciones de los fieles. El sumo pontífice te espera y Constantino te llama. Este principe, rodeado de delatores, se sostiene con trabajo en la córte; necesita, pues, de un amigo como tú que

pueda ayudarle con sus consejos, y si necesario es servirle con su brazo.

Eudoro refirió á su vez á Doroteo los acontecimientos que habian ocurrido en Grecia. Doroteo se prestó con alegría á llevar á Helena la esposa del hijo de Lastenes. Una galera napolitana, próxima á regresar á Italia, se hallaba en el puerto de Falerio, no lejos del bajel de Doroteo, y Eudoro la fletó para su viaje. Ambos viajeros señalan luego el momento de su partida para el tercer día de la fiesta de los Panateneos. Demodoco llegó para esta época fatal con la triste Cimodocea, y fué á ocultar su lágrimas á la ciudadela, donde el mas antiguo de los Pritanos, su pariente y amigo, le concedió hospitalidad.

El hijo de Lastenes habia sido recibido por el docto Pisto, obispo de Atenas, que brilló andando el tiempo en aquel concilio de Nicea, donde se vió á tres prelados dotados del don de los milagros y que resucitaban difuntos; á cuarenta obispos confesores ó mártires; á sabios sacerdotes y hasta á algunos filósofos; en fin, á los mas elevados caracteres, á los talentos mas sublimes y á los hombres mas virtuosos de la Iglesia.

La víspera de la doble separacion del padre y la hija, del esposo y la esposa, Eudoro hizo saber á Cimodocea que todo estaba dispuesto, y que al día siguiente, al ocaso, iria á buscarla al pórtico del templo de Minerva.

El día fatal, el hijo de Lastenes sale de su habitacion y pasa delante del Areópago, donde el Dios anunciado por Pablo no era ya desconocido; sube á la ciudadela, y acude el primero á la cita bajo el pórtico del templo mas hermoso del universo.

Nunca se presentara á los ojos de Eudoro tan brillante espectáculo: Atenas se le ofrecia en toda la plenitud de su pompa. El monte Himeto descollaba al Oriente como ataviado de un manto de oro; el Pentélico se encorbaba hacia el Septentrion para unirse al Périmeta; el monte Icaro se inclinaba al Poniente y dejaba ver á su espalda las cimas sagradas del Citeron; al Mediodía, el mar, el Pireo, las playas de Egina, las costas de Epidaurio, y en lontananza la ciudadela de Corinto, terminaban el círculo entero de la patria feliz de las artes, los héroes y los dioses.

Atenas, con todas sus obras maestras, descansaba en el centro de tan soberbio panorama; sus bruñidos mármoles, no desgastados por el tiempo, reflejaban los rayos del sol en su Occidente; el astro refulgente del día, próximo á perderse en el mar, heria con sus postreros rayos las columnas del templo de Minerva, y haciendo fulgurar los escudos de los persas, suspendidos del fronton del pórtico, parecia animar sobre el friso las admirables esculturas de Fidias.

Añádase á cuadro tan maravilloso el movimiento que la fiesta de los Panateneos esparcía en la ciudad y los campos. Aquí, muchas jóvenes Canéforas llevaban á los jardines de Venus los sagrados canastillos; allí el Peplo flotaba aun en el mástil del bajel que se movia por resortes; numerosos coros repetian las canciones de Harmodio y Aristógiton; los carros rodaban veloces hacia el Estadio; los ciudadanos corrían al Liceo, al Pecilo y al Cerámico; la muchedumbre se agrupaba especialmente en el teatro de Baco, situado en la ciudadela; y la voz de los actores que representaban una tragedia de Sófocles, subia por intervalos hasta el hijo de Lastenes.

Cimodocea se presentó: al ver su vestido sin mancha, su frente virginal, sus azules ojos y la modestia de su aspecto, los griegos la hubieran tomado por la misma Minerva saliendo de su templo, pronta á entrar en Olimpo, despues de haber recibido el incienso de los mortales.

Eudoro, poseído de admiracion y amor, hacia es-

fueros para ocultar su turbacion é inspirar mas valor á la hija de Homero.

—Cimodocea, le dijo, ¿cómo podré expresarte la gratitud y los sentimientos de mi corazón? Accedes á abandonar la Grecia por mí, á surcar los mares, á vivir bajo estraños cielos lejos de tu padre, y lejos del que por esposo has elegido. ¡Ah! si no creyese abrirte los cielos y conducirte á felicidades eternas, ¿podria pedirte tan costosas muestras de cariño? ¿podria esperar que un amor humano te obligase á hacer sacrificios tan dolorosos?

—Tú puedes, repuso Cimodocea anegada en lágrimas, pedirme mi reposo y mi vida, porque la felicidad de hacer algo por tí me recompensaría de todos esos sacrificios. Si solo te amase como á mi esposo, aun así nada me seria imposible; ¿qué deberé, pues, hacer ahora que tu religion me enseña á amarte para el cielo y para el mismo Dios? Yo no lloro sobre mí, sino sobre las amarguras de mi padre y sobre los peligros que vas á arrostrar.

—¡Oh la mas hermosa de las hijas de la nueva Sion! respondió Eudoro, no temas los peligros que pueden amenazar mi cabeza; ora por mí, que Dios oirá los votos de alma tan pura. La misma muerte, ¡oh Cimodocea! no es un mal si nos encuentra acompañados de la virtud. Por otra parte, los destinos tranquilos é ignorados no siempre nos ponen al abrigo de sus tiros; y nos sorprende así bajo el techo de nuestros abuelos, como en estraña tierra. Mira esas cigüeñas que se elevan en este momento de las márgenes del liso; todos los años vuelan á las playas de Cirene, y todos los años vuelven á los campos de Erictea; ¡pero cuántas veces han hallado desierta la casa que dejaron floreciente! ¿cuántas han buscado en vano el mismo techo donde acostumbraban fabricar sus nidos!

—Perdona, dijo Cimodocea, perdona estos temores á una joven educada por dioses menos severos y que permiten las lágrimas á los amantes próximos á separarse.

A estas palabras, Cimodocea reprimiendo su llanto se cubrió el rostro con su velo; Eudoro tomó en sus manos las de su esposa y las aplicó castamente á sus labios y á su corazón.

—¡Cimodocea, le dijo, felicidad y gloria de mi vida! no te obligue el dolor á blasfemar de una religion divina. Olvida esos dioses que ningún recurso te ofrecian en las tribulaciones del corazón. ¡Hija de Homero! mi Dios es el Dios de las almas tiernas, el amigo de los que lloran, el consolador de los afligidos; él oye la voz del pajarillo oculto en el ramaje, y gradúa el viento en favor de la esquilada oveja, y lejos de pretender privarte de tus lágrimas, las bendice y las tomará en cuenta cuando te visite en tu hora postrera, pues las viertes por él y por tu esposo.

Al pronunciar estas palabras, la voz de Eudoro se alteró; Cimodocea descubrió su semblante y vió la noble faz del guerrero inundada en las lágrimas que corrían por sus tostadas mejillas; la gravedad de este dolor cristiano y este rudo combate de la religion y la naturaleza daban al hijo de Lastenes una incomparable hermosura. Cediendo á un movimiento involuntario, la hija de Demodoco iba á caer á los pies de Eudoro; pero este la detiene en sus brazos, la estrecha tiernamente sobre su corazón, y entrambos quedan sumidos en santo y dulce éxtasis; así se mostraron á la entrada de la tienda de Laban, Raquel y Jacob, dándose una triste despedida, pues el hijo de Isaac debia guardarlos rebaños durante siete nuevos años, para lograr á su esposa.

Demodoco salió entonces de las habitaciones del templo; y olvidando que habia accedido á la partida de su hija, la aguda pena de su corazón no tardó en exhalarle en amargas quejas.

—¿Cómo, exclama, tienes la barbarie de arrancar

una hija á su padre? ¡A lo menos, si mi Cimodocea fuese tu esposa, si me dejases un amable hijo que sonriese á mi dolor, y con sus tiernas manos jugase con mis blancos cabellos!.. Pero lejos de tí, lejos de mí, bajo un cielo inhospitalario, errante sobre un mar en que cien piratas bárbaros... ¡Ah! ¡si mi hija cayese en sus manos! ¡si se viese obligada á servir á un dueño cruel y preparar su alimento y su lecho! ¡Oculteme la tierra en su oscuro seno antes que esperimente tamaña desgracia! ¿Los cristianos tienen acaso un corazón mas duro que las breñas? ¿su Dios es inexorable?

Cimodocea habia volado á los brazos de su padre y confundia sus lágrimas con las del afligido anciano. Eudoro escuchaba las acriminaciones de Demodoco con una firmeza ajena á toda dureza y con un desconsuelo ajeno á toda debilidad.

—¡Padre mio, respondió, permíteme que te dé este grato nombre, porque tu Cimodocea es ya mi esposa á los ojos del Eterno; yo no la arranco por la fuerza á tus caricias, y es libre para seguir ó rechazar mi religion, pues mi Dios no quiere obtener los corazones por la coaccion; si esto debe costarnos á entrambos demasiados disgustos y lágrimas, permaneced reunidos en la Grecia, y plegue al cielo deramar sus favores sobre vosotros! Por lo que á mí respecta, cumpliré mi destino. Pero Demodoco, si tu hija me ama, si crees que puedo hacerla feliz, si temas por ella las persecuciones de Hierocles, sufre una separación que, lo espero así, no será de larga duracion, y que pone á mi Cimodocea al abrigo de las mayores calamidades. ¡Demodoco! Dios dispone de nosotros como le place; y nuestro deber es someternos á su voluntad suprema.

—¡Oh hijo mio! repuso Demodoco, escusa mi vehemente dolor! lo conozco: soy injusto; no mereces las reconvencciones que te dirijo; lejos de esto, libras á mi Cimodocea de las persecuciones de un impio; la pones bajo la protección de una princesa magnánima; le das grandes riquezas y un nombre ilustre. Pero ¿cómo permaneceré solo en la Grecia? ¡Ah! ¿por qué no tengo libertad de abandonar los sacrificios que los pueblos han confiado á mi celo? ¿Por qué no tengo la edad en que recorria las ciudades y los estraños paisés para aprender á conocer los hombres? ¿Cómo seguiria á mi Cimodocea! ¡Ah! ¡ya no te veré mas bailar con las doncellas en la cima del Itomo! Rosa de Mesenia, te buscaré en vano en los bosques del templo! ¡Cimodocea! ya no oiré resonar tu dulce voz en los coros de los sacrificios; ya no me presentarás la cebada nueva ó el cuchillo sagrado; contemplaré suspensa del altar tu lira cubierta de polvo y rotas sus cuerdas; mis ojos arrasados en lágrimas mirarán secas al pié de la estatua de Homero las coronas de flores que heroseaban tu cabellera. ¡Ay! yo habia contado con tu cariño, para que me cerrases los ojos; ¿y moriré sin poder bendecirte al abandonar la vida? El lecho en que exhalaré mi postrer suspiro estará solitario, porque no espero volver á verte, hija mia; oigo al viejo barquero que me llama, que á mi edad no debemos contar con la existencia: cuando la semilla de la planta está dura y seca, se hace ligera y el viento mas sutil la arrebata.

Al pronunciar el sacerdote de Homero estas palabras, estrepitosos aplausos resuenan en el teatro de Baco: el actor que representaba á Edipo en Colona esfuerza la voz, y estas palabras hieren los oídos de Eudoro, Demodoco y Cimodocea:

«¡Oh Teseo! ¡june en mis manos tus manos á las de mi hija, y prométeme que servirás de padre á mi querida Antígone!»

—Lo prometo! exclamó Eudoro, aplicando á sus destinos los versos del poeta.

—Tuya es, pues, replicó Demodoco, alargándole los brazos.

Eudoro se precipita á ellos, y el anciano estrecha sobre su corazón á sus dos hijos; tal se muestra un sauce socavado por los años, cuyo entreabierto seno ostenta algunas flores del prado; el árbol estiendo su sombra antigua sobre estos jóvenes tesoros y parece implorar para ellos el céfiro y el rocío; pero en breve una tempestad abrasadora derriba el sauce y las flores, amables hijos de la tierra.

La luna se muestra en el horizonte, coronando su plateada frente con los rayos de oro del sol, cuyo aumentado disco se sumergia en las olas. Era la hora que lleva á los marineros el viento favorable para salir del puerto de la Atica. Los carros y los esclavos de Demodoco le esperaban al pié de la ciudadela, á la entrada de la calle de los Tripodes. Fue preciso apearse y someterse á los Destinos; los carros conducen á los tres infortunados, que ya no tenían ni la fuerza de gemir. En breve pasaron el puerto del Pireo, los sepulcros de Antiope, de Menandro y de Eurípides; dirigen al arruinado templo de Ceres, y despues de haber atravesado el campo de Aristides, tocan en el puerto de Falerio. El viento acababa de levantarse, las olas levemente agitadas batian la orilla; las galeras desplegadas sus velas y se oian los gritos de los marineros que levaban anclas con grandes esfuerzos. Doroteo esperaba á los viajeros en la playa, y los esquifes de las naves estaban ya dispuestos á recibirlos. Eudoro, Demodoco y Cimodocea bajan de los carros, detenidos á la orilla de las olas. El sacerdote de Homero no podia ya sostenerse; sus rodillas se doblaban y decia á su hija con apagado acento:

—Este puerto me será funesto como lo fue al padre de Teseo; ¡no volveré á ver tu blanca vela!

El hijo de Lastenes y la joven catecúmena se inclinaron ante Demodoco y le pidieron su última bendición: con un pié en el mar y el rostro vuelto hacia la playa, parecian ofrecer un sacrificio espiatorio segun la costumbre antigua. Demodoco levanta las manos y bendice á sus dos hijos desde el fondo de su corazón, pero sin poder pronunciar una palabra. Eudoro sostiene á Cimodocea, y le entrega una carta para la piadosa Helena; despues, imprimiendo respetuosamente el beso de la despedida en la frente de la desolada doncella, le dice:

—¡Esposa mia! sé pronto cristiana; acuérdate de Eudoro, y desde lo alto de la Torre del rebaño, la hija de Jerusalén dirija algunas veces una mirada sobre el mar que nos separa.

—¡Padre mio! dijo Cimodocea, con voz entrecortada por los sollozos; mi tierno padre; vive para mí, que yo procuraré vivir para tí. ¡Oh Eudoro! ¿te volveré á ver algun día? ¿volveré á ver á mi padre?

Entonces, Eudoro inspirado contestó:

—Sí, ¡nos veremos para nunca volver á separarnos!

Los marineros toman á Cimodocea y los esclavos arrebatan á Demodoco. Eudoro se arroja á la barca que le traslada á su bajel. La flota zarpa de Falerio, y los marineros coronados de flores, hacen blanquear la mar bajo el esfuerzo de los remos; é invocando á las Nereidas, á Palemon y á Tetis, saludan al alejarse la tumba sagrada de Temístocles.

La nave de Cimodocea emprende su rumbo hacia el Oriente, y la del hijo de Lastenes dirige la proa hacia Italia.

La divina Madre del Salvador, que velaba sobre los días de la inocente peregrina, envia á Gabriel al ángel de los mares para encargarle no permita soplar sino el mas suave aliento de los vientos. Al punto Gabriel, despues de haber desprendido de sus espaldas sus blancas alas bordadas de oro, se sumerge desde el cielo en las ondas.

En los manantiales del Océano, debajo de unas grutas profundas, que resuenan incesantemente al estruendo de las olas, habita el ángel severo que cuida

de los movimientos del abismo. Para instruirle en sus deberes, la Sabiduría le tomó consigo, cuando al nacimiento de los tiempos se paseó debajo del mar. El fue quien por orden de Dios abrió al diluvio las cataratas del cielo; y él, en los últimos días del mundo, hará de nuevo rodar las olas sobre las cumbreras de las montañas. Colocado en la cuna de todos los ríos, dirige sus corrientes, hincha ó disminuye sus ondas, rechaza á la noche de los polos y detiene bajo cadenas de hielo las nieblas, las nubes y las tempestades; conoce los mas escondidos escollos, los estrechos mas desiertos, las tierras mas remotas, y las descubre alternativamente al genio del hombre; ve de una mirada, ya las tristes regiones del Norte, ya los brillantes climas de los trópicos; dos veces al día levanta las compuertas del Océano, y restableciendo con potente mano el equilibrio del globo, coloca en cada equinoccio la tierra bajo los oblicuos rayos del sol.

Gabriel, al penetrar en el seno de los mares, ve naciones enteras y continentes desconocidos dormir sepultados en el abismo de las olas. ¡Cuántos monstruos diversos descubre, que nunca verá el ojo de los mortales! ¡Cuán poderoso rayo de vida admira en aquellas profundidades tenebrosas! Pero también, ¡cuántas ruinas y naufragios! Gabriel compadece á los hombres y acata el divino poder. Pronto descubre al ángel de los mares, que atento á algunas grandes revoluciones de las aguas, ocupaba un trono de cristal y empuñaba un freno de oro; su verde y húmeda cabellera descendía sobre sus hombros, y una banda azul cubría sus formas divinas. Gabriel le saluda con magestad y le dice:

— ¡Espíritu terrible, oh hermano mio! el poder que el Eterno te ha confiado muestra hartamente el alto puesto que ocupas en las gerarquías celestiales. ¡Qué nuevo mundo! ¡qué sublime inteligencia! ¡Cuán feliz eres en conocer tan maravillosos secretos!

— Divino mensajero, responde el ángel de los mares, sea cual fuere el asunto que aquí te trae, recibo con alegría á un huésped como tú. Para admirar mejor la omnipotencia de nuestro Dueño, sería preciso haberle visto, como yo, colocar los cimientos de este imperio, pues me hallé presente cuando dividió en dos partes las aguas del abismo; le ví sujetar las olas al movimiento de los astros, y enlazar el destino del Océano al de la luna y el sol; cubrió á Leviatán con una coraza de hierro y le envió á solazarse en estos abismos; plantó bosques de coral debajo de las ondas, y las pobló de peces y aves; hizo surgir risueñas islas del seno de un elemento formidable; arregló el curso de los vientos; sometió á leyes las tempestades, y deteniéndose en la orilla, dijo al mar: «No pasarás de aquí, y aquí romperás tus embravecidas olas.» Ilustre servidor de María, no difieras comunicarme la orden soberana que te ha hecho bajar á estas móviles grutas. ¿Los tiempos han sido consumados? ¿Es preciso reunir las nubes y romper los diques del Océano? ¿Abandonando el universo al caos, debo subir contigo á los cielos?

— Te traigo un mensaje de paz, dijo Gabriel sonriendo; el hombre es siempre el objeto de las complacencias del Eterno; la cruz va á triunfar sobre la tierra, y Satanás va á ser abismado en el infierno. María te manda conducir con prosperidad á los puertos á que se encaminan, á esos dos esposos que alejarse ves de las costas griegas. No permitas soplar sobre las olas sino el mas suave aliento de los vientos.

— ¡Cúmplase la voluntad de la Estrella de los mares! dice inclinándose respetuosamente el ángel que rige las tempestades. ¡Ojalá Satanás sea encerrado en breve en las regiones de su eterno suplicio, pues turba con frecuencia mi reposo y desencadena á mi pesar las tempestades.

Al pronunciar estas palabras, el poderoso espíritu

elige los vientos suaves y perfumados que acarician las playas de la India y del océano Pacífico; y dirigiéndoles á las velas de Eudoro y Cimodocea, hace avanzar entrambas galeras con un mismo soplo á dos puertos opuestos.

Favorecido por esta benigna influencia del cielo, Eudoro toca en breve la playa de Ostia, y vuela á Roma, donde Constantino le abraza con ternura y le refiere los males de la Iglesia y las intrigas de la corte.

El senado estaba convocado para deliberar sobre la suerte de los fieles, y Roma descansaba en la expectativa y el terror. No obstante, Diocleciano quiso, por un acto postrero de justicia, al ceder á las violencias de Galerio, que los cristianos tuviesen un defensor en el senado. Los sacerdotes mas ilustres de la capital del imperio se ocupaban en aquel momento de la eleccion de un orador digno de defender la causa de la cruz. El concilio que Marcelino presidía se habia reunido al resplandor de las lámparas en las catacumbas; aquellos padres, sentados en los sepulcros de los mártires, parecíanse á los antiguos guerreros deliberando en el campo de batalla, ó á unos reyes heridos en defensa de sus pueblos. No habia entre aquellos confesores uno solo que no ostentase sobre sus miembros las señales de gloriosa persecucion: quién habia perdido el uso de sus manos; quién ya no veía la luz de los cielos; la lengua de éste habia sido cortada, pero le quedaba el corazón para ensalzar al Eterno, y aquel se mostraba enteramente mutilado por la hoguera, como una víctima medio devorada por el fuego del sacrificio. Los santos ancianos no podían ponerse de acuerdo relativamente á la eleccion de un defensor, porque ninguno era elocuente sino por sus virtudes, y todos temían comprometer la suerte de los fieles. El pontífice de Roma propuso referirse á la decision del cielo. Al efecto se colocó el santo Evangelio sobre el sepulcro del mártir que servía de altar; los Padres se ponen en oracion y piden á Dios que indique por medio de algunos versículos de las Escrituras el defensor acepto á sus ojos. Dios, que les habia inspirado este pensamiento, hace bajar al instante el ángel encargado de escribir los decretos eternos en el Libro de la vida; el espíritu celestial, velado en una nube, señala en medio de la Biblia los decretos implorados. Los Padres se levantan; Marcelino abre la ley de los cristianos y lee estas palabras de los Macabeos:

«Revestiósede la coraza como un gigante, cubriósede sus armas en los combates, y su espada era la proteccion de todo el campamento.»

Marcelino sorprendido cierra y abre segunda vez el libro profético, y halla estas palabras:

«Su memoria será dulce como un concierto místico en delicioso festin. Ha sido destinado por la voluntad divina para hacer entrar al pueblo en la penitencia.»

Finalmente, el sumo pontífice consulta por tercera vez el oráculo de Israel, y todos los Padres quedan atónitos al leer este pasaje de los Cánticos:

«Me he cubierto con un saco, ayunando... He tomado para mi vestido un cilicio.»

Al punto una voz (se ignora cual) pronunció el nombre de Eudoro. Los viejos mártires, súbitamente iluminados, hacen resonar con un prolongado Hosanna las sombrías bóvedas de las catacumbas. Tornan á leer el texto sagrado, y poseídos de asombro ven con cuanta exactitud se adaptan todas sus palabras al hijo de Lastenes; todos admiran los consejos del Altísimo, y todos reconocen cuan santa y deseable es esta eleccion. La fama del joven orador, su penitencia ejemplar, su favor en la corte, su costumbre de hablar en presencia de los príncipes, los cargos de que se ha visto revestido y la amistad con que Constantino le honra, todo justifica la determinacion del cielo. Comunicánsese sin dilacion los votos de los

Padres; Eudoro se humilla en el polvo, y procura sustraerse á honor tan sublime, á carga tan pesada, pero se le muestran los pasajes de la Escritura y se somete. Retírase á los sepulcros de los santos y se prepara por medio de vigiliás, oraciones y lágrimas á defender la causa mas grandiosa que en tiempo alguno se debatiera en tribunal humano.

Mientras solo se ocupaba en llenar dignamente su tremenda mision, Hierocles llegaba á Roma apoyado por todas las potestades del infierno. Este enemigo de Dios habia sabido con desesperacion el desgraciado éxito de sus violencias en Lacedemonia, la fuga de Cimodocea y la partida de Eudoro á Italia. Las órdenes conciliadoras que al mismo tiempo recibió de Diocleciano, le hicieron conocer que sus calumnias no habian hallado completa acogida en la corte. Habíase prometido derribar un rival, y este rival era unicamente colocado de nuevo bajo la vigilante vista del jefe del imperio. Teme, pues, que el hijo de Lastenes logre perderle en el ánimo de Diocleciano, y á fin de conjurar alguna desgracia repentina, se decide á volar al lado de Galerio, que no cesaba de reclamarle para sus consejos. El espíritu de tinieblas consuela al mismo tiempo al apóstata.

«Hierocles, le dice en secreto, en breve serás bastante poderoso para apoderarte de Cimodocea hasta en los brazos de Elena. Esta imprudente doncella, al cambiar de religion te ofrece una nueva esperanza. Si logras determinar á los príncipes á perseguir á los cristianos, tu rival se hallará desde luego envuelto en la matanza; vencerás despues á la hija de Homero, mediante el temor de los tormentos, ó la reclamarás como una esclava cristiana sustraída á tu poder.»

El sofista, tomando estos consejos por inspiraciones de su corazón, celebra la profundidad de su talento, pues el miserable ignora que no es sino el instrumento de los proyectos de Satanás contra la Cruz. Dominado por estas ideas, el procónsul se habia precipitado desde las montañas de la Arcadia como el torrente Estigio que se despeña de estas mismas montañas y da la muerte á todos los que beben sus aguas. Pasa á Epiro, y embarcándose en el promontorio de Actium, llega á Tarento, y no se detiene hasta hallar á Galerio, que profanaba entonces en Túsculo los jardines de Ciceron.

César estaba á la sazón rodeado de aquellos sofistas de la escuela, que se creían también perseguidos porque sus opiniones eran menospreciadas, y hacían grandes esfuerzos para ser consultados en la gran cuestion que iba á discutirse, pues decían ser jueces natos de todo cuanto á la religion de los hombres atañe. Habían suplicado á Diocleciano les diese, como á los cristianos, un orador en el senado; y el emperador importunado por su vocinglería habia accedido á su pretension, por lo cual la llegada de Hierocles les llenó de alegría, y le nombraron orador de las sectas filosóficas. Hierocles acepta gustoso un honor que lisonjea su vanidad y le proporciona la ocasion de constituirse acusador de los cristianos. El orgullo de una razon pervertida y el furor del amor le hacen ya ver á los fieles destruidos y á Cimodocea en sus brazos. Galerio, cuyo espíritu corrompe y cuyos proyectos secunda, le concede declarada proteccion y le permite espesarse en el Capitolio con toda la licencia de las opiniones de los falsos sabios. Simmaco, pontífice de Júpiter, debía hablar en favor de los antiguos falsos dioses de la patria.

Amaneció en fin el día en que iba á decidirse la suerte de la mitad de los habitantes del imperio; el día en que los destinos del género humano se veían amenazados en la religion de Jesucristo; día tan deseado y á la par tan temido de los ángeles, los hombres y los demonios. Al despuntar el alba, las guardias pretorianas ocuparon las avenidas del Capitolio, y un pueblo inmenso ocupaba el Foro, y se estendía

en derredor del templo del Júpiter Estator y á lo largo del Tiber hasta el teatro de Marcelo; los que no habian podido hallar lugar habíanse encaramado á los vecinos edificios y sobre los arcos de triunfo de Tito y Severo. Diocleciano sale de su palacio y avanza hácia el Capitolio por la via Sagrada, cual si fuese á triunfar de los marcomanos y los partos. Trabajo costaba reconocerle, pues hacia algun tiempo que sucumbía á una progresiva constuncion y al peso de las amarguras que Galerio le ocasionaba. En vano habia tenido la precaucion de dar color á su rostro, porque la palidez de la muerte trasporaba á través del prestado brillo, y las mudas facciones de la nada se dejaban ya ver bajo la máscara medio caída del humano poderio.

Galerio, rodeado de todo el fausto del Asia, seguía al emperador en una soberbia carroza tirada por unos tigres; el pueblo temblaba al aspecto de la estatura gigantesca y del torvo talante del nuevo Titan. Constantino seguía en pos rigiendo el freno de ligero corcel y atrayendo los votos y las miradas de soldados y cristianos; los tres oradores marchaban detras de los señores del mundo. El pontífice de Júpiter, llevado por el colegio de los sacerdotes, precedido de los arúspices y seguido del cuerpo de las vestales, saludaba á la muchedumbre que reconocía regocijada al intérprete del culto de Rómulo; Hierocles, cubierto con el manto de los estoicos, se mostraba en una litera, y le rodeaban Libanio, Jámblico, Porfirio y la turba de los sofistas; el pueblo, naturalmente enemigo de la afectacion y vana sabiduría, le lanzaba con desprecio sarcásticas burlas. En fin, Eudoro se dejaba ver el último, vestido de negro traje; marchaba sin séquito, á pié, con grave ademan y bajos los ojos, como abrumado por todo el peso de los dolores de la Iglesia; los paganos reconocían con asombro en aquel sencillo aparato al guerrero cuyas estatuas triunfales habian visto; los fieles se inclinaban con respeto al paso de su defensor, los viejos le bendecían y las mujeres le mostraban sus hijos, mientras en todos los altares de Jesucristo los sacerdotes ofrecían por él el santo sacrificio.

Habia en el Capitolio una sala llamada la sala Julia, adornada en otro tiempo por Augusto con una estatua de la Victoria. Veíanse allí la columna miliaria, la viga atravesada de clavos sagrados, la lobá de bronce y las armas de Rómulo. Al rededor de las paredes pendían los retratos de los cónsules: el equitativo Publicola, el generoso Fabricio, Cincinato el rústico, Fabio el contemporizador, Pablo Emilio, Caton, Marcelo y Ciceron, padre de la patria. Estos magnánimos ciudadanos parecían ocupar todavía su asiento en el senado, con los sucesores de los Tigelinos y Sejanos, como para hacer ver de una ojeada los dos extremos del vicio y la virtud, y para enseñarnos las horrosas mudanzas que el tiempo introduce en los imperios.

En aquella gran sala se reunieron los jueces de los cristianos. Diocleciano subió al trono; Galerio se sentó á la derecha y Constantino á la izquierda del emperador; los empleados del palacio ocupaban, según sus respectivas categorías, las gradas del trono. Despues de haber saludado á la estatua de la Victoria y renovado en su presencia el juramento de fidelidad, los senadores se sentaron en los bancos que rodeaban la sala, y los oradores se colocaron en medio de ellos. El vestibulo y el patio del Capitolio estaban ocupados por los grandes, los soldados y el pueblo. Dios permitió á las potestades del abismo y á los habitantes de los divinos tabernáculos mezclarse en aquella memorable deliberacion: al punto, ángeles y demonios se esparcieron por el senado, los primeros para calmar, los segundos para concitar las pasiones: aquellos para iluminar los espíritus, estos para cegarlos.

Inmolóse primero un toro blanco á Júpiter, autor de los buenos consejos: durante este sacrificio, Eudoro se cubrió la cabeza y sacudió su manto, salpicado por algunas gotas de agua lustral. Dada la señal por Diocleciano, Simmaco se levantó en medio de los generales aplausos: alimentado este orador en las grandes tradiciones de la elocuencia latina, pronunció estas graves palabras, á la manera que magistrosamente corren las sesegadas olas de caudaloso río por una campiña que con su corriente hermoscan.

## LIBRO DÉCIMOSESTO.

SUMARIO. Arengas de Simmaco, Hierocles y Eudoro. Diocleciano accede á espedir el edicto de persecucion, pero quiere que antes se consulte á la Sibila de Cumes.

«CLEMENTÍSIMO emperador Diocleciano, y tú, felicísimo príncipe, César Galerio, si en tiempo alguno vuestras almas divinas dieron una prueba brillante de su justicia, es en el importante negocio que hoy reúne al augustísimo senado á los pies de vuestras eternidades.

«¿Proscribiremos á los adoradores del nuevo Dios? ¿Permitiremos que los cristianos gocen en paz del culto de su divinidad? Tal es la cuestion propuesta al senado.

«Júpiter y los demás dioses vengadores de la humanidad me libren del intento de hacer correr algun día la sangre y las lágrimas! ¿Por qué perseguiríamos á unos hombres que llenan todos los deberes del ciudadano? Los cristianos ejercen artes útiles, sus riquezas alimentan el tesoro del Estado, sirven con denuedo en nuestros ejércitos, y emiten con frecuencia en nuestros consejos pareceres dictados por el recto criterio, por la exactitud y la prudencia. Además de esto, no llegaremos al apeteido fin por medio de la violencia, porque la esperiencia ha demostrado que los cristianos se multiplican bajo la cuchilla de los verdugos. Si quereis atraerlos á la religion de la patria, llamadles al templo de la Misericordia, no á los altares de las Euménides.

«Empero, despues de haber declarado lo que juzgo conforme á la razon, debo manifestar con igual justicia el temor que los cristianos me inspiran. He aquí la única acriminacion que puede legítimamente dirigirseles: es cierto que nuestros dioses son objeto de su burla y á veces de sus insultos. ¿Cuántos romanos se han dejado ya arrastrar por temerarios razonamientos! ¿Ah! hablamos de atacar á una divinidad extraña, cuando nos fuera mas conveniente pensar en defender las nuestras! Consagrémonos al culto de estas, mediante el recuerdo de todo lo que por nosotros han hecho, y cuando nos hayamos convencido á fondo de la grandeza y bondad de nuestros dioses paternos, dejaremos de temer que la secta de los cristianos se aumente y robustezca con los desertores de nuestros templos.

«Es una verdad, mucho há reconocida, que Roma ha debido el imperio del mundo á su piedad hácia los inmortales. Roma erigió altares á todos los genios bienhechores: á la pequeña Fortuna, al Amor filial, á la Paz, á la Concordia, á la Justicia, á la Libertad, á la Victoria y al dios Termo, único que no se levantó delante de Júpiter en la asamblea de los dioses. ¿Esta familia divina podria disgustar á los cristianos? ¿Qué hombre se atreveria á negar homenajes á tan nobles deidades? Si quereis retroceder mas en la serie de los tiempos, hallareis los nombres mismos de nuestra patria y nuestras mas antiguas tradiciones enlazadas con nuestra religion, y formando parte de

nuestros sacrificios; hallareis el recuerdo de esa edad de oro, reinado de felicidad é inocencia, que todos los pueblos envidian á la Ausonia. ¿Hay algo mas tierno que el nombre de Lacio, dado á la campiña de Laurento, por haber concedido asilo á un dios perseguido? Nuestros padres recibieron en recompensa de su virtud un corazon hospitalario, y Roma sirvió de refugio á todos los desgraciados proscritos. ¿Cuántas interesantes aventuras! ¿cuántos nombres ilustres están identificados con esas emigraciones de los primeros tiempos del mundo, Diomedes, Filolectes, Idomeneo y Nestor! ¿Ah! cuando un espeso bosque cubria la montaña donde hoy se eleva altivo este Capitolio; cuando unas pobres cabañas ocupaban el lugar de estos soberbios palacios; cuando este Tiber, hoy tan famoso, no habia recibido a un sino el ignorado nombre de Albula, nadie preguntaba aquí si el Dios de una oscura nacion de la Judea era preferible á los dioses de Roma! Para convencerse del poder de Júpiter, basta examinar el humilde origen de este vasto imperio; cuatro escasos manantiales han formado el caudaloso torrente del pueblo romano: Alba, país querido y primer amor de los curiacios; los guerreros latinos que se unieron á los guerreros de Eneas; las arcadios de Evandro, que legaron á los Cincinatos el amor á los rebaños y la sangre de las Elenas, dulce origen de la elocuencia entre los incultos hijos de una loba, y por último, los sabinos que dieron esposas á los compañeros de Rómulo; aquellos sabinos, que vestidos de pieles de oveja, y guiando sus rebaños con la lanza, se alimentaban de lacticinios y miel, y se consagraban á Ceres y á Hércules, simbolo aquella del genio, simbolo este del brazo del labrador.

«Estos dioses que han obrado maravillas tantas; estos dioses que han inspirado á Numa, á Fabricio y á Caton; estos dioses que protegen las cenizas ilustres de nuestros ciudadanos, estos dioses entre quienes brillan hoy nuestros emperadores, ¿son acaso divinidades sin poder y sin virtudes?

«¿Diocleciano! supongo que Roma, agoviada por los años, se presenta de repente á tus ojos bajo las bóvedas de este Capitolio, y que habla á tu Eternidad en estos términos:

«¿Gran príncipe! ten en consideracion esta vejez á que mi piedad hácia los dioses me ha hecho llegar. Libre como soy, me mantendré siempre fiel á la religion de mis antepasados, porque esta religion áha sometido el universo á mis leyes: sus sacrificios áha alejado á Annibal de mis murallas y á los galos del Capitolio. ¿Cómo! será derribada algun día esa estatua de la Victoria, sin temer que se levanten amenazadoras mis legiones sepultadas en los campos de Zama! ¿No habré sido preservada de los enemigos mas formidables, sino para verme deshonrada por mis hijos en mi vejez?»

«Así, ¡oh poderoso emperador! te habla Roma suplicante. Mira alzarse de sus sepulcros, en el camino de Apio, aquellos republicanos vencedores de los volscos y samnitas, y cuyas imágenes reverenciamos aquí; ya suben á este Capitolio que llenaron un día de opulentos despojos; llegan ya, coronada la frente con el ramo de encina, á unir su voz potente á la potente voz de la patria. Esos manes sagrados no han roto su férreo sueño por la pérdida de nuestras costumbres y leyes; no han despertado al estruendo de las proscripciones de Mario ó de los furores del Triunvirato; pero la amenazada causa del cielo les arranca á sus féretros, y presurosos acuden á defenderla ante sus hijos. Romanos seducidos por la nueva religion! ¿cómo habeis podido cambiar por extraño culto nuestras hermosas fiestas, nuestras piadosas ceremonias?

«¿Príncipes! lo repito: no pedimos la persecucion de los cristianos. Dícese que el Dios á quien adoran

es un dios de paz y de justicia; no nos negamos, pues, á admitirle en el Panteon, porque deseamos, piadosísimo emperador, que los dioses de todas las religiones te protejan; pero no por mas tiempo se escarnezca á Júpiter! Diocleciano, Galerio, senadores, ¡indulgencia para los cristianos, proteccion á los dioses de la patria!»

Al dar fin á su discurso, Simmaco saludó de nuevo la estatua de la Victoria y fue á sentarse entre los senadores. Los espíritus estaban agitados en diferentes sentidos: unos, atraídos por la dignidad del discurso de Simmaco, recordaban los dias de los Hortensios y Cicerones, mientras otros vituperaban la moderacion del pontífice de Júpiter. Satanás, que no confiaba ya sino en Hierocles, procuraba destruir el efecto de la elocuencia del gran sacerdote; los ángeles de luz se aprovechaban por el contrario de esta elocuencia para atraer al senado á mas humanos sentimientos. Veíase agitarse los cascos de los guerreros, las togas de los senadores, los mantos y cetros de los augures y arúspices, y alzabase un confuso murmullo, equívoco signo de la reprobacion y el elogio. En un campo donde la cizaña é inútiles flores de extraños matices se alzan en medio del dorado trigo, cuando leve céfiro se desliza en el bosque de mil colores, las espigas mas débiles inclinan al principio la gentil corola; pero pronto el creciente soplo balancea con igual tumulto los fecundos haces y las plantas estériles: tal se presentaba en el senado el movimiento de tantos hombres diferentes.

Los cortesanos miraban con atencion á Diocleciano y á Galerio, á fin de ajustar su opinion á la de sus señores; César daba señales de enojo, pero Augusto se mostraba impassible.

Hierocles se levanta: envuélvese en su capa, y se mantiene largo rato en severo y meditabundo ademán. Iniciado en todas las sutilezas de la elocuencia ateniense; armado de todos los sofismas, perspicaz, astuto, sarcástico é hipócrita; afectando un estilo conciso y sentencioso; invocando la humanidad al pedir la sangre del inocente, sordo á las lecciones del tiempo y de la esperiencia; pretendiendo conducir el mundo á la felicidad á través de males sin cuento por medio de los sistemas; hombre frívolo que se envanecía creyéndose profundo: tal era el orador que se presentó en la liza para atacar todas las religiones y especialmente la de los cristianos. Galerio dejaba espedito curso á las blasfemias de su ministro; Satanás impelia al mal al enemigo de los fieles, y la esperanza de perder á Eudoro animaba al amante de Cimodocea. El demonio de la falsa sabiduria, bajo la figura de un jefe de la escuela, recién llegado de Alejandria, se coloca al lado de Hierocles, quien despues de un momento de silencio, estiendo de repente sus brazos, deja caer su capa á la espalda, pone entrambas manos sobre su corazon, é inclinándose hasta el pavimento del Capitolio, al saludar á Augusto y César, pronuncia este discurso:

«Valerio Diocleciano, hijo de Júpiter, emperador eterno, Augusto, ocho veces cónsul, clementísimo, divinísimo, sapientísimo; Valerio Maximiano Galerio, hijo de Hércules, hijo adoptivo del emperador, César, eterno y felicísimo, Pártico, vencedor, amante de la ciencia y verdaderísimo filósofo; Senado venerabilísimo y sagrado, vosotros permitis que mi voz se haga oír! Confundido por honor tan insigne ¿cómo podria espesarme con bastante energia ó gracia? Perdonad, pues, la debilidad de mi elocuencia, en favor de la verdad que me hace hablar.

«La tierra en su fecundidad primitiva produjo los hombres, los que por acaso y por precision, se reunieron para hacer frente á sus comunes necesidades. La propiedad empezó, las violencias la siguieron, y no pudiendo el hombre reprimirlas, inventó los dioses.

«Hallada la religion, los tiranos se aprovecharon

de ella; y multiplicando los errores, las pasiones mezclaron con estos sus propios delirios.

«El hombre, olvidando en breve el origen de los dioses, no tardó en dar asenso á su existencia, y en tomar por el unánime asentimiento de los pueblos lo que solo era el asentimiento unánime de las pasiones. Los tiranos, al oprimir á los hombres, procuraron hacer erigir templos á la piedad y á la misericordia, para que los desgraciados creyesen tambien que habia dioses.

«El sacerdote, seductor al principio y seducido despues, se apasionó por su ídolo; el jóven por las gracias divinizadas de su amada, y el desgraciado por los simulacros de su dolor: de aquí nació el fanatismo, el mayor de los males que han afligido á la especie humana.

«Este monstruo, agitando una tea, recorrió las tres regiones de la tierra, quemó por mano de los magos los templos de Menfis y Atenas, y encendió la guerra sagrada que entregó la Grecia á Filipo. En breve, si una secta odiosa consiguiese extenderse en nuestros mismos dias, y á pesar del incremento de las luces, vieramos al universo sumido en un abismo de calamidades!

«Aquí, príncipes, procuraré pintar los males que el fanatismo ha causado á los hombres, poniendo á vuestra vista el origen y progresos de la religion mas ridícula y horrible que haya engendrado en tiempo alguno la corrupcion de los pueblos.

«¿Por qué no me es permitido sepultar en profundo olvido tan vergonzosas torpezas? Pero soy llamado á la defensa de la verdad: es preciso salvar á mi emperador, es preciso iluminar el mundo. Sé que espongo mi existencia á la venganza de una faccion peligrosa, ¿mas qué importa? un amigo de la sabiduria debe cerrar su corazon así á todo temor como á toda piedad, cuando se trata de la felicidad de sus hermanos y de los derechos sagrados de la humanidad.

«Vosotros conoceis á ese pueblo á quien su lepra y sus desiertos separan del género humano; á ese pueblo odioso, esterminado por el divino Tito.

«Cierta impostor llamado Moisés, valiéndose de una serie de crímenes y de prestigios groseros, libró á ese pueblo de la esclavitud, y le llevó al centro de los arenales de la Arabia, prometiéndole en nombre del dios Jehová una tierra en que correrian la leche y la miel.

«Despues de cuarenta años, los judios llegaron á esa tierra prometida, y degollaron á sus pobladores. El delicioso jardin era la estéril Judea, reducido valle de piedras, sin trigo, sin árboles, sin aguas.

«Retirados á su guarida, aquellos forajidos solo se hicieron notables por su odio innato al linaje humano, pues vivian en medio de los adulterios, los asesinatos y las crueldades.

«¿Qué podia producir semejante raza? (hé aquí el prodigio): una raza aun mas execrable, los cristianos: hombres que han escedido en demencia y crímenes á sus padres los judios.

«Los hebreos, engañados por sacerdotes fanáticos, esperaban en su impotencia y su abyeccion un monarca que les sometiera el mundo entero.

«Espárcese cierto día el rumor de que la mujer de un oscuro artesano ha dado á luz al rey tanto tiempo esperado, y parte de los judios se apresura á creer el estupendo prodigio.

«El que ellos apellidan su Cristo, vive treinta años oculto en su miseria; trascurridos estos treinta años, empieza á dogmatizar y se rodea de algunos pescadores á quienes llama sus Apóstoles. Recorre las ciudades, se esconde en el Desierto, y alucina á algunas débiles mujeres y á un populacho crédulo. Dícese que su moral es pura; ¿pero escede acaso á la de Sócrates?